

Review / Reseña

Camacho, Jorge. *Amos, siervos y revolucionarios: la literatura de las guerras de Cuba (1868-1898). Una perspectiva transatlántica*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2018.

Francisco David Mesa Muñoz

University of South Carolina

El siglo XIX es celebrado en América Latina por la consecución de la independencia de las colonias de España y la fundación de las nuevas repúblicas latinoamericanas. Aunque la gran mayoría de las colonias consiguió su emancipación durante el primer cuarto de siglo, Cuba y Puerto Rico tuvieron que esperar hasta 1898 para desvincularse de la metrópoli. Como apunta Jorge Camacho, la lucha por la independencia no sólo se llevó a cabo con el machete y las balas, sino también a nivel literario y textual. Por eso, para alcanzar este hito, la literatura y la prensa escrita tuvieron una importancia capital en la creación de la conciencia criolla. Los principales intelectuales e ideólogos a favor de la independencia convirtieron las letras en arma política para construir un discurso que acentuara la singularidad local y por ende poner de manifiesto el distanciamiento con el tiránico poder imperial de España. No obstante, estos discursos encontraron su contestación por parte de escritores que eran proclives a continuar con el sistema colonial, quienes representaron a los criollos como desagradecidos por no saber apreciar todo lo que la “madre patria” les había otorgado. En su libro *Amos, siervos y revolucionarios: la literatura de las guerras de Cuba (1868-1898). Una perspectiva transatlántica*, Jorge Camacho lleva a cabo un exhaustivo estudio de dichas formaciones discursivas por parte de ambos bandos en Cuba. A menudo, en los

estudios literarios y culturales que tratan sobre un enfrentamiento bélico o asimétrico con respecto al poder, resulta complicado no ver cómo el investigador toma partido por un discurso u otro. Sin embargo, esta es una de las grandes y múltiples virtudes que se encuentran en este libro. El investigador cubano se sumerge en el archivo literario y fotográfico para analizar de una manera pulcra, rigurosa y equidistante las formaciones discursivas de ambos bandos, así como su evolución durante el siglo XIX en Cuba. De esta manera, el período que va de 1868 a 1898 recobra toda su complejidad histórica e ideológica.

El libro consta de una introducción, diez capítulos, y unas palabras finales a modo de conclusión. El autor hace un recorrido cronológico que lo podemos dividir en tres bloques distintos: el primero que va desde 1868 a 1878, que corresponde a la guerra de los 10 años que se inició con el levantamiento de Carlos Manuel de Céspedes en Yara y terminó con la Paz del Zanjón; el segundo, que abarca los años 1878-1895 y que se conoce como el período de entreguerras; y el tercero, que se centra en la guerra final de independencia o la llamada “guerra necesaria” (1895-1898). Finalmente, en el décimo y último capítulo, se hace una breve incursión en el siglo XX que llega hasta 1920, en la que analiza la crisis que siguió a la instauración de la República. En todos los capítulos, el crítico exhibe un profundo conocimiento de las manifestaciones literarias relacionadas con la guerra que se produjeron en Cuba entre las fechas ya mencionadas. Entre el vasto corpus que maneja Camacho se encuentran algunas obras que han sido estudiadas por reputados críticos cubanos, como es el caso de la obra de teatro bufo de Juan Francisco Valerio *Perro huevero aunque le quemem el hocico* (1869). Así, en el primer capítulo de su libro entra en diálogo con Rine Leal para encontrar elementos patrióticos en la obra, no sólo en el texto con la inclusión de poemas siboneyistas que destacan la singularidad isleña, sino también en el *performance* de las mujeres asistentes al teatro Villanueva con la vestimenta y los tocados que evocaban a la bandera revolucionaria cubana. Además de completar y proporcionar nuevos aportes a las obras más estudiadas, Jorge Camacho también hace una importante labor al presentar algunas novelas que han permanecido inexploradas por la crítica, sobre todo las pertenecientes a la vertiente peninsularista, como puede ser el caso de la novela distópica de Francisco Fontanilles y Quintanilla *Autonosyia* (1886) o *El gorrión. Jugnete cómico en un acto y un cuadro* (1869) de Luis Martínez Casado, completando de este modo las formaciones discursivas creadas por ambas partes del espectro político en la isla. Los argumentos y las interpretaciones que realiza el investigador se cimentan en todo momento sobre sólidas bases teóricas, al entrar en diálogo con los postulados de

Benedict Anderson, Étienne Balibar o Anthony Smith sobre nacionalismo, los de Giorgio Agamben, o René Girard sobre la biopolítica, y los de Michel Foucault, Frantz Fanon o Jean Delumeau sobre cuestiones raciales, por mencionar solo algunas de las fuentes de las que se nutre el libro.

El eje motriz sobre el que gira el libro es la representación de la identidad propia y la del “otro” por parte de los diferentes discursos, el independentista criollo y el colonial peninsular en un tiempo marcado por la actividad bélica. Los discursos propios, como es tradicional, perciben la otredad de manera negativa e intentan diferenciarse de esa otredad, ensalzando sus valores y criticando la ausencia de tales valores y de ética por parte del opuesto. Algunos de los temas subyacentes más importantes en el texto son, lo que Camacho denomina “la familia dividida”, donde la raza y el papel de la mujer en la guerra sobresalen. El tema de la familia dividida lo aborda en mayor profundidad en los capítulos dos, cuatro y cinco, en estudios de obras como la ya mencionada de Martínez Casado, *El Grito de Yara* (1874) de Luis García Pérez o *La Siboneya* (1881) de Eusebio Sáenz y Sáenz. En su análisis de estas obras, el crítico pone de manifiesto las tensiones y dramas familiares que se vivieron en los periodos bélicos, y cómo la defensa a ultranza de los ideales sobrepasó las líneas sanguíneas que unían a las familias, ocasionando incluso la muerte de alguno de los familiares.

Asimismo, el tema de la raza es el que se desarrolla con mayor amplitud a lo largo del libro. En el capítulo cuarto, Camacho analiza varias novelas antiesclavistas cubanas de la década de 1870, prestando gran atención a *El negro Francisco* (1875) de Antonio Zambrana. Estas novelas han sido poco estudiadas en comparación con las delmontinas, producidas unas décadas antes. El crítico arguye que las novelas de los setenta que analiza, conforman parte de un proyecto libertador, en comparación con el proyecto reformista característico de la generación de Del Monte. En su análisis de la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda, introduce el concepto de fraternidad racial, lo que conlleva un intento de unir los intereses de blancos y negros por la causa cubana. Este tema de la fraternidad racial lo vuelve a desarrollar en mayor detalle en los capítulos siete y nueve. Más concretamente, el investigador cubano postula que José Martí y Manuel Sanguily, como principales intelectuales de la guerra de 1895, eran conscientes de la importancia que conllevaba contar con el apoyo de los negros en su lucha. Para ello, aluden a que están en deuda con los mambises, ya que fueron los blancos criollos los que se jugaron todo por y para su libertad en la guerra de 1868. Por ese motivo, ahora deben unirse a sus fuerzas y luchar contra el opresor español. La gran cantidad de esclavos negros que había en Cuba, unido al miedo por la revolución

de Haití de principios de siglo, provocó el recelo y el temor de los peninsulares hacia ese sector de la población, hecho que Camacho explora en el octavo capítulo.

En el capítulo sexto hace también un perspicaz estudio de la representación de la naturaleza en la guerra. De este modo, las narraciones pro independentistas resaltan la belleza y singularidad de la flora y fauna cubana, en lo que el investigador Camacho define como *topofilia*, mientras que los soldados peninsulares destacan la venenosidad de las plantas y la dureza del clima, lo que se ve traducido en *topofobia*. Además del gran corpus de textos, el capítulo tercero “La india y la linda criolla” está dedicado al estudio de la cultura visual y performática. En él, Camacho analiza de manera aguda las imágenes que intercambiaron los revolucionarios e integristas en revistas y afiches de la época, propiciados por el desarrollo del fotograbado, los daguerrotipos y las cámaras fotográficas.

La obra de Jorge Camacho logra claramente su propósito inicial de representar el imaginario social tanto por parte del bando independentista cubano como por el integrista español, durante el período que va desde el estallido de la primera guerra de independencia en 1868 hasta su consecución en la segunda guerra en 1898. Las contribuciones y aportes de este libro pionero son incalculables, ya que hasta el momento no existía una obra dedicada a cubrir la literatura de la guerra en este período tan intenso de la historia cubana. Además, al dar a conocer algunas obras que se encontraban en el anonimato, abre la puerta a continuar con investigaciones futuras y arrojar todavía más luz si cabe sobre las mismas. Por último, otro de los aciertos del libro es la claridad con la que describe y muestra la evolución de los movimientos literarios del siglo XIX en Cuba, como el romanticismo, el naturalismo y el modernismo.